

BAJO EL BOSQUE MISERABLE

YO VIVO EN UN RINCÓN DEL MUNDO que no tiene tierra. El suelo es gris, negro, negroide, grisáceo. Aquí y allá apunta un parche terroso, pedregoso, polvoriento; hasta algún herbaje despistado que acoge una variedad de papeles y plásticos que los coches y los camiones y las motos hacen revolotear cuando pasan. Los árboles son nostalgias que han confinado en un número exiguo en apartados reductos de reserva. La tierra, sin embargo, nos llega por el aire: el polvo es abundante. Y alguna flor se abre inverosímil en un tiesto equilibrista.

Las fincas se amontonan en geometrías brutales. Hay callejuelas que mueren en el muro de una autopista. Un tren pasa rozando las puertas de unas casas bajas, junto a las que se alza una docena de naves industriales a un lado de una calle sin aceras; al otro, edificios de viviendas de más reciente construcción, altos y abigarrados. Muy cerca de la pared, una hilera de postes sujeta un haz de cables.

El tráfico se escurre por los pasadizos. Ruidos de tonalidades diversas permiten al oído identificar sin dificultad todo tipo de vehículos. Y en las horas de luz incierta flota un vaho azulado de mil iridiscencias y tufo alucinógeno. Los coches aparcan aprovechando prodigiosamente los cruces, los callejones sin salida y las hipotéticas aceras. Si llueve, el agua,

indecisa, no sabe muy bien qué hacer, y el viento, desnortado, se pierde entre los bloques uniformes y compactos.

Más allá, donde la grúa incesante cuadrícula el aire y aprisiona el espacio, se expanden cada día los confines de la ciudad. Entre unos campos cultivados donde crecen la patata o la alcachofa, incluso las flores, y un labrador labra con un mulo impertérrito. Y otros, abandonados, dominio de escombros y malas hierbas, de perros erráticos, ratas y electrodomésticos desechados, donde alguien se ha levantado una chabola con maderos de una alquería recién derruida. Más allá, donde las acequias son cloacas pestilentes, se levantan en pocas horas esqueletos de cemento desnudo, peones de un ajedrez a vista de pájaro.

Yo habito una especie de palomar precario en lo alto de un edificio desvencijado, en medio de tejados y azoteas, eventuales vericuetos de agua del cielo, cubiertas de manchas de musgo verduzco amarillento, excrementos de gatos funámbulos y desperdicios esporádicos de algún castillo de fuegos artificiales. Avizoro a menudo las crestas cumbreiras: las torretas de la maquinaria de los ascensores, las chimeneas y los respiraderos, los hilos de tender oxidados, los pentagramas silenciosos de los hilos de la luz donde se posan pájaros que ignoran la alta tensión.

Prolifera allí un bosque de antenas. Postes y mástiles de estandartes elevados a los soles y a las lunas, y a los meteoros. Parrillas que son ojos y orejas, telaraña obediente que penetra cada receptáculo de la colmena y alcanza los reductos íntimos de la plebe.

Un bosque espeso. Un bosque miserable.

Y yo dejaría resbalar una lágrima que llegara hasta los cimientos de esta ciudad y los disolviera como un ácido definitivo.

(SWEET) HOME

VIENES CANSADO. De trabajar o de viaje. Tienes ganas de llegar.

Deseas con ansia desparramarte en un sillón en particular, en un punto preestablecido de una estancia concreta. Con una iluminación precisa, el libro y la música escogidos, unas determinadas zapatillas.

A fin de cuentas, tu casa es un sitio mental, independiente de aquellas coordenadas que la localizan ahora. De la avenida, el barrio, la calle, el número, la manzana, el zaguán, el ascensor, los ruidos y los olores del patio de luces, de la dirección que el azar te adjudicó tras un peregrinaje por agencias inmobiliarias y pisos piloto.

De la ordenación de los materiales que la constituyen. Del mortero, el hormigón, el acero; de los ladrillos, macizos o perforados, tochos o bovedillas suministrados por constructores y subcontratas.

De las estructuras que configuran su contorno. De los muros de carga, pilares, cubiertas, vigas, chimeneas y desagües que arquitectos y aparejadores calcularon y trazaron. De las ventanas y de las puertas, y de los cables, tubos, enchufes y antenas que la conectan. De los tabiques y pasillos cuya distribución personalizaste sobre plano y dibujó el delineante.

De las formas que le otorgan su fisonomía. De los techos, escayola, baldosas, cristales y persianas que la memoria de calidades enumeraba. De los acabados, pintura, azulejos, molduras y marcos que elegiste en catálogos y tiendas. De los grifos, pilas, lavabos, fogones, armarios y espejos que seleccionaste en otro itinerario de exposiciones, muestrarios y almacenes. Del mobiliario que organiza sus funciones. De las estanterías, sillas, mesas, cortinas, camas y luces. Y esa butaca que buscaste especialmente.

Metes la llave en la cerradura, entras y cierras la puerta blindada tras de ti. Ya estás en casa por fin. En tu casa. Una noción que rebasa lo que denotan escrituras notariales, cédulas de habitabilidad e inscripciones en el registro de la propiedad.

Un espacio que trasciende la suma de todos los elementos que son su esencia y su existencia.

Y allí, tú. Y lo tuyo. Y la tuya y los tuyos. ¡Y allá tú!